

manantial puro y cristalino, se arrastran después turbios y cenagosos.

Cada vez nos parece más acertada y feliz la máxima antigua de que así como la Iglesia aplica á los difuntos los méritos de los vivos, así entre ciertos nobles se aplican á los vivos los méritos de los difuntos.

Una familia, leemos en cierto precioso libro, no puede ser más antigua que otra, porque si los hijos son contemporáneos, también hubieron de ser contemporáneos los padres. Esta proposición es más sutil é ingeniosa que convincente: la cuestión de nobleza no es sólo una cuestión de cronología.

En concepto de unos, nacer noble es una fortuna: es la fortuna que sigue á la de nacer rico.

En concepto de otros, nacer noble es una desgracia, casi tanta desgracia como nacer pobre en la mitad del siglo XIX.

La razón de estos últimos es muy sencilla. Hay apellidos que imponen deberes de muy difícil cumplimiento; deberes en la virtud, en las armas, en las ciencias, en la política. No á todos es dado ser genios. Si no se logra serlo queriendo, se demuestra la decadencia de la raza; si no se ponen los medios para continuar su brillo, se deshonor á los antepasados, se comete un parricidio: el apellido entonces es una acusación constante; la ejecutoria un proceso.

El título de noble ha sido de ordinario una presunción fuerte de buenas cualidades; una buena esquila de recomendación para ingresar en el mundo; por eso se dijo: *gaudeant bene nati*.

Las páginas más gloriosas de nuestra historia se hallan esmaltadas con apellidos ilustres que hoy brillan todavía, y brillan, si cabe, con resplandores más vivos, engarzados en la virtud, en el talento ó en la belleza; sobre todo en la virtud.

No olvide nadie, y en especial las mujeres, que la nobleza sin virtudes, es luz que alumbrará más y más los defectos de quien la posee.

La nobleza con la virtud forma la aureola de gloria que ciñe la frente de los dignos.

El Salvador del mundo quiso nacer de estirpe de reyes.

Esta noticia parecerá tal vez fuera de tiempo; pero el autor la consigna por si acaso algun demócrata fanatizado leyere estos APUNTES.

Si el autor, á pesar de su pequeñez, pudiera, en alas de su buen deseo, acercarse á la verdadera nobleza del alma, sólo una pena lo atormentaría.

La pena de no haber nacido *noble*.

En los momentos actuales le aflige además otra pena: la de haber hecho demasiado larga esta digresión.

Aplicando, pues, la doctrina, siempre resultará que la nobleza es una condición que la mujer debe estimar en lo que vale, pero que no constituye su mérito propio; ántes bien es la sombra que proyectan antiguos méritos; que cuanto más lejanos, más pare-

ce que agrandan esa sombra; mayores títulos gozan al respeto general.

Y la mujer debe buscar en sí misma, en sus prendas especiales, nunca en las generales de un apellido, que al mismo tiempo llevan quizá cien individuos, el tesoro de sus atractivos, la llave que ha de franquearle más ó ménos tarde las puertas de la vida.

La nobleza en el caso presente puede considerarse sólo como un arma de reserva. La mujer bella tiene bastante con su hermosura: si á más de ese don le otorgó Dios el del talento, no ha menester escudos ni ejecutoria para alcanzar triunfos que la lisonjeen para construir con un millar de coronas el pedestal de su orgullo.

Harto comprende y sabe la mujer de talento que los pergaminos más auténticos son aquellos que llevan por armas el amor y la virtud.

El orgullo que se funda sólo en la cuna, no puede ser más inocente; sin embargo, lo preferimos al que se funda en la riqueza, porque éste, sobre ser más vulgar, comienza por aparecer ridículo, y acaba por hacerse insoportable.

La sociedad actual, prestando á la riqueza un culto exagerado, contra el cual se levantan la justicia y el buen sentido, arrebatada á la juventud cierta candorosa ignorancia que muy bien decía con la hermosura y la discreción de la mujer.

La candorosa ignorancia de lo que valen las riquezas va siendo ya una ignorancia tan rara, que apenas se halla ni aun en los espíritus más ignorantes.

Siempre hemos creído que la mujer debe ser más fuerte en sentir que en calcular.

No se engría ni se desvanezca por la riqueza; ántes bien ha de considerarla como un poderoso rival de su hermosura.

Por lo mismo que la sociedad actual presta culto exagerado á los bienes materiales, debe dudar la mujer si son obras de sus prendas ó de sus riquezas los triunfos que más la lisonjean.

Y esta duda es horrible.

Se tiene por positivo que algunas mujeres fundan su orgullo en las riquezas que poseen. ¡Creencia errónea! No es tan humilde la mujer como todo eso.

No concede la mujer á los bienes de fortuna la honra que dispensa á su hermosura y á su discreción.

Si se la concede en efecto, no se califique de orgullo lo que es solamente fatuidad.

Basta por ahora de orgullo: en el curso de los APUNTES, más de una ocasión se presentará propicia para dar amplitud á estas ideas.

Recapitemos:

Las fuentes principales del orgullo son la hermosura, el nacimiento y la riqueza.

El orgullo exagerado que se funda en los timbres de la hermosura, aunque es más tolerable, no es ménos injusto que el que se funda exclusivamente en los timbres de la cuna.